

El


Perro del
Hospicio.

Al distinguido primer actor D. José
Basta, he buen amigo

El autor

EL PERRO DEL HOSPICIO

Es propiedad de
María de Perro



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

EL PERRO DEL HOSPICIO

MELODRAMA EN CINCO ACTOS,

EN PROSA, ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

D. VALENTÍN GÓMEZ

Se estrenó el 22 de Diciembre de 1888 en el Teatro del
PRÍNCIPE ALFONSO.

MADRID
IMPRENTA DE M. P. MONTOYA
San Cipriano, núm. 1
1889

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANA BELMONTE	D. ^a Clotilde Lombardia.
TÉRESA	" Margarita Monreal.
DON BIENVENIDO.....	D. José González.
MIGUELILLO.....	Srta. D. ^a Juana Martínez Perlá.
ENRIQUE MARTIN.....	D. Enrique Martínez.
JORGE	" Manuel Calvo.
COLILLA.....	" Gabriel S. Castilla.
SEÑOR SALAZAR.....	" Manuel Palau.
UN INSPECTOR DE POLICIA..	" Ricardo Lirón,
JUAN, criado.....	} " Rafael Gomila.
UN VIAJERO	
MOZO 1. ^o	Sr. Mora.
ID. 2. ^o	" Landa.
UN CRIADO.....	" López.

Mozos, bandidos y viajeros.

La acción en Sevilla.—Epoca actual.

El perro que estrenó esta obra se llamaba *Toby*, y ese nombre se le daba en la representación. Puede llamársele por el nombre que realmente tenga el perro que haya de ejecutar el drama.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Plaza. En primer término, á la derecha, entrada de una taberna.

En el fondo, la casa de postas ó parador de diligencias con gran portada. Segundo término, gran puerta de entrada, sobre la cual se lee «Hospicio.»

ESCENA PRIMERA.

JORGE.—UN MOZO, luego otros Mozos de cuerda y MIGUE-
LILLO.

JORGE. (Aparte.) Nada!... No veo á nadie. (Al mozo.) Oye, no has visto por casualidad, aquí cerca de la casa de postas, á un viejo con la barba blanca, y los ojos muy vivos...

MOZO. No, señor.

JORGE. (Para sí.) Realmente sería preferible que él mismo fuese á preguntar al Hospicio por el muchacho.. (Suenan cascabeles.)

MOZO. Ah! Ya está aquí la diligencia de Extremadura.

MOZO 1.^o (A otros que llegan.) Eh! que ya ha venido el coche.

MOZO 2.^o (Con otros que acuden á recibir á los viajeros.) Una buena casa de huéspedes!

OTRO. A la fonda de la Navarra!

OTRO. Traiga usted, señorito, yo llevaré esos bultos.

MIG. (Saliendo del Hospicio.) Ayer no me estrené, pero

- lo que es hoy pienso sacar la tripa de mal año.
- MOZO 2.º Eh! tú, á dónde vas tan deprisa?
- MIG. A donde va usted, á servir á los viajeros.
- MOZO 1.º Es un hospiciano, déjalo. Mírale qué guapo!
- MOZO 2.º No digo que no, pero nos quita la parroquia, y su oficio no es este. (A Miguel.) Tú te llamas Job, verdad?
- MIG. Ese es el apodo; mi nombre es Miguelillo.
- JORGE. (Aparte y observando al huérfano.) Qué oigo! Miguelillo *alias* Job.
- MOZO 2.º Pues mira, hazme el favor de dejar en paz á los viajeros, ó te has de acordar de mí. (Se va con los otros.)
- MIG. (Haciéndole una mueca.) Ya se ve que me acordaré de tí, pedazo de bárbaro. Pero Tom no ha comido ayer, y hoy le daré de almorzar, aunque me atices un pescozón. (Se dirige hacia la diligencia y tropieza con Jorge, que no ha dejado de examinarle.) Ah! usted perdone, señorito.
- JORGE. (Clavando en él los ojos.) No hay de qué, muchacho.
- MIGUEL. Gracias: creí que... (Aparte.) Cómo me mira... No sé por qué este señor me da más miedo que el otro bruto con sus amenazas. (Desaparece.)

ESCENA II.

JORGE.

Miguelillo *alias* Job... El mismo nombre que yo leí en el testamento de mi tía... Si es él... estoy arruinado... Necesito identificar su persona, y si no me engaño, hoy mismo, sin perder minuto, se lo entregaré á don Bienvenido... Vamos. (Entra en el Hospicio.)

ESCENA III.

MOZOS.—VIAJEROS, luego MIGUELILLO y ANA.

- MOZO. (A un viajero que lleva un saco de noche.) A dónde hay que llevar esto, caballero?
- VIAJ. A ninguna parte. (Rechazándole.)

- MOZO. (Aparte.) Por no soltar la mosca! Tacaño! (Viendo á Miguelillo que trae una maleta al hombro.) Ese rapaz ha tenido más suerte que yo.
- MOZO 2.º El hospiciano otra vez! (Yendo á él.) No te he dicho que no te metieras en esto, motilón? Suelta eso ó te sacudo.
- MIG. No me da la gana. Mientras la señora que me ha dado la maleta no me la quite, veremos quién la toca.
- MOZO 2.º Anda! El renacuajo! No te dan de comer en el Hospicio por no hacer nada? A qué vienes á quitarnos el pan á nosotros?
- ANA. (Saliendo.) Estos pobres tienen razón. (Al mozo 2.º) Lleve usted mi equipaje á la casa que indica esta tarjeta, y tome usted por su trabajo.
- MOZO 2.º Gracias, señorita. Los hospicianos no tienen necesidad de trabajar para vivir. (Se van todos los mozos.)

ESCENA IV.

ANA.—MIGUELILLO.

- ANA. En efecto, el Hospicio os da todo lo necesario.
- MIG. Es que yo no trabajo para mí.
- ANA. No?
- MIG. Ni para mis padres, porque no los he conocido nunca.
- ANA. Pues para quién?
- MIG. Para un amigo: el único que tengo, porque es el único que me quiere en este mundo.
- ANA. Y ese amigo está enfermo ó impedido quizás?
- MIG. Quíá! no señora. Está bueno y sano, y es joven y fuerte... Ya quisiera yo correr tanto como él... y á lo mejor tiene un hambre, que ya, ya!
- ANA. Y deja que un pobre chico como tú se moleste en servirle?
- MIG. Por qué no? En cambio yo sé que él se mataría por mí. Pobre Tom! (Ladridos dentro.) Ahí lo tiene usted. Ha conocido que hablábamos de él y nos contesta.
- ANA. Un perro!

MIG. Sí señora, un perro... mi amigo, mi compañero, mi hermano. A falta de otro, bueno es él. Era un hospiciano, como los demás, en tiempo del antiguo administrador. Pero el nuevo quiso hacer economías, y empezó por el pobre Tom, prohibiéndole la entrada en la cocina, y castigándonos á nosotros si le dábamos algo. Todos obedecieron menos yo, que no podía abandonar á aquel honrado compañero... El administrador entonces determinó matarle, y un día me lo encontré en esa puerta poco menos que dando las boqueadas. Lo cogí en mis brazos y lo llevé á uno de esos que curan animales... El sí que era animal! Sabe usted lo que me dijo? «Si no me das un duro adelantado, no me encargo del perro.» Pedirme un duro á mí que no sé de qué color son... Vamos! que la salida del hombre... Se reunieron muchas personas alrededor nuestro, y las más caritativas me decían: «Déjale que se muera... al fin es un perro!» Ya! contestaba yo desesperado: como ustedes tienen amigos, parientes y familia... es claro, qué les importa un perro? Pero yo no tengo á nadie más que á él, y se va á morir porque no puedo dar un duro á ese hombre!... Cuando acabé de hablar, un señor, que debe ser un santo, se acercó á mí y me dió una moneda de oro diciéndome: «Toma, hijo mío, y salva á tu amigo leal.»

ANA. Tienes razón: el que hizo eso es un hombre de bien.

MIG. Ya lo creo! En cuanto se curó Tom, le enseñé el nombre de nuestro bienhechor, y él, como yo, espera ver de nuevo al señor Salazar para darle las gracias por sus bondades

ANA. El señor Salazar? Es tal vez un notario...

MIG. Precisamente. Le conoce usted?

ANA. Mucho. Es antiguo amigo de mi familia, y por él vengo y á su casa voy.

MIG. Ah! Va usted á verle? Pues dígale de mi parte que Tom goza de buena salud... (El perro sale y se va junto á Miguel.) Ah! Aquí está: pobrecillo! Me permiten que yo haga algún encargo para

ganarle la comida... Por eso me alegré tanto cuando usted me dió la maleta: creí que á lo menos podría hoy almorzar este amigo... (Acariando al perro.)

ANA. (Dándole una moneda.) Y comer también? Toma.
MIG. Gracias, señora, gracias. Tom! A la taberna!

(Arrojándole la moneda, que el perro coje con la boca.) Y dí que te sirvan bien, que para eso pagas. (Tom se mete corriendo en la taberna.)

ANA. Si te falta trabajo en unos días, el perro no se morirá de hambre por de pronto.

MIG. Ah, señorital! Tal vez desde mañana Tom y yo tengamos que separarnos para siempre.

ANA. Cómo?

MIG. Cumpló la edad en que el Hospicio nos cede á las casas que vienen á buscar aprendices, y como no podemos poner condiciones, el que me lleve no querrá tampoco cargar con mi amigo... Ya sé que Tom me seguirá, pero de seguro que entonces le sucederá alguna desgracia.

ANA. Tranquilízate, hijo mío. Yo voy á ver al señor Salazar, que ya se interesó por vosotros, y espero que, gracias á él, podréis continuar juntos.

MIG. Ah! Qué buena es usted, señorita, y qué dichosa merece usted ser!

ANA. Dichosa! Ese nombre no cuadra á una madre tan desventurada como yo!

MIG. Ah! Usted perdone.

JORGE. (Saliendo del Hospicio.) Era él, en efecto.

MOZO 2.º (Saliendo.) Ya está el equipaje en la casa.

ANA. Corriente: allá voy. (El mozo se va.)

JORGE. (Al ver á Ana.) (Ana!)

ANA. (Sin ver á Jorge.) Cómo te llamas? (A Miguel.)

MIG. Miguelillo, pero todos me dicen Job porque tengo más paciencia que aquel santo varón.

ANA. Pues bien, Miguelillo, hasta muy pronto. Te prometo que nos volveremos á ver.

MIG. Permítame usted que la acompañe hasta el muelle. (Se va con ella por la calle izquierda.)

ESCENA V.

JORGE, luego COLILLA, y luego DON BIENVENIDO.

- JORGE. (Con inquietud.) Ella aquí después de catorce años de ausencia y vestida de luto!... Sabrá que ha muerto nuestra tía?... Extraños caprichos de la Providencia! Llegar aquí y encontrarse con Miguelillo! A dónde irán? Se lo llevará ella?... (Sube y mira hacia la izquierda.) Oh! Entonces no habría remedio para mí... Oh! no. Ana se va sola y el muchacho se queda... Todavía soy dueño del secreto... (Sacando el reloj y mirando la hora.) Pero este don Bienvenido que no acaba de venir. (Se mete el reloj en el bolsillo. Colilla, que está en el fondo, ha observado el movimiento y se acerca á Jorge.)
- COLILLA. Una limosna á este pobre ciego! (Hace un gesto para robarle el reloj.)
- BIENV. (Que ha entrado detras de él le detiene el brazo.) El señor es amigo.
- COLILLA. Eso es otra cosa.
- JORGE. Cómo! Este bribón... este ciego.
- BIENV. Quería ver la hora y nada más.
- COLILLA. Eso es, ver la hora... y nada más
- JORGE. Miserable!
- BIENV. (Amparándole.) Oh! no. Es uno de mis protegidos, mozo que vale, á pesar de su cara de imbécil. Se lo recomiendo á usted, amigo Jorge.
- JORGE. Bueno, pero que nos deje en paz.
- BIENV. (A Colilla.) Hoy has escogido mal terreno para espigar. Aquí no harás nada de provecho, hijo mío, vuélvete á nuestro barrio y allí nos veremos. (Dándole palmaditas en la cara.)
- COLILLA. (Aparte.) Al barrio sin nada entre las uñas... Quiá! (Se desliza en la taberna.)

ESCENA VI.

DON BIENVENIDO.—JORGE, luego MIGUELILLO.

BIENV. Mi señor don Jorge ha tenido la bondad de darme aquí una cita...

JORGE. Y mi señor don Bienvenido, el mayor usurero de España, ha tenido la descortesía de hacerme esperar.

BIENV. Precisamente mi tardanza procede de una buena noticia que hoy he recibido, y además prueba que yo no desconfío de deudores tan honrados como usted.

JORGE. De modo que usted sigue creyendo que yo debo ser el único heredero de mi noble tía.

BIENV. Sin duda ninguna.

JORGE. Pues se ha equivocado usted de medio á medio.

BIENV. (Estupefacto.) Cómo!

JORGE. (Mostrando á Miguelillo que sale y se queda en el fondo) Mire usted!... Ve usted á ese muchacho que espera humildemente que le den un jornal ó le arrojen una limosna?

BIENV. Ese granujilla?

JORGE. Pues ese granujilla es el legítimo y único heredero de mi noble tía doña Josefa Jáuregui y Torrependo

BIENV. Imposible! (Miguelillo entra en el Hospicio.)

JORGE. Ah! Señor don Bienvenido, el dinero que usted tuvo la bondad de prestarme... cuánto era? No recuerdo bien.

BIENV. Dos mil pesos, mi querido don Jorge.

JORGE. Mil quinientos, si usted no lo lleva á mal.

BIENV. Y quinientos de intereses.

JORGE. En un año?

BIENV. En trece meses y diez días. Me parece que no tiene usted motivo para quejarse.

JORGE. Claro está que no. Es una miseria.

BIENV. Conque decía usted que ese dinero...

JORGE. Ese dinero corría peligro de no llegar jamás á las estimables uñas de usted sin una feliz casualidad que hace tres días puso en mis manos

la cartera que contenía el borrador del testamento de mi querida parienta doña Josefa Jáuregui.

BIENV. Y ese borrador?

JORGE. Escrito de puño y letra de mi tía, declara heredero universal de sus bienes al hospiciano Miguelillo, *alias* Job. He podido identificar su persona y acaba usted de ver, bajo el humilde traje de hospiciano, al heredero de una de las más grandes fortunas de este país.

BIENV. Locura semejante!... Qué interés tenía esa señora en favorecer á tal motilón?

JORGE. El tal motilón es pariente mío...

BIENV. Qué broma es esa? Por dónde puede ser pariente de usted un hospiciano?

JORGE. Siendo hijo de mi prima Ana Belmonte mujer de Enrique Martín, de aquel Enrique que fué condenado á presidio por haberme herido gravemente con premeditación y alevosía en el camino de Ronda.

BIENV. Ya!... Recuerdo el asesinato ese... Jél jél! Fué usted por lana y salió trasquilado.

JORGE. Silencio! (Con alarma.)

BIENV. No, si trato únicamente de demostrarle á usted, que conozco bien la historia más ó menos secreta de todos mis amigos.

JORGE. Esa que usted supone es falsa.

BIENV. Falsa, eh?.. Iba usted acompañado de un amigo de ese *ciego* que hace poco quería *ver* la hora en el reloj de usted... Se llamaba por mal nombre el *Maragato*, no? Entre los dos pensaban ustedes deshacerse de Enrique, porque á usted le estorbaba... Tenía usted celos de él... Estaba usted enamorado de su prima... Pero Enrique no iba desprevenido y,.. jél jél! á poco le cuesta á usted el pellejo la gracia.

JORGE. A él le costó más cara la suya; le costó el presidio.

BIENV. Es verdad; con la declaración del *Maragato* y la de usted, el pobre hombre tuvo que ponerse á pupilo... en Ceuta... jél jél! Pero vamos á ver, el granujilla del Hospicio...

- JORGE. Es hijo de Ana y de Enrique. La nodriza que lo criaba no se atrevió, por lo visto, á cumplir cierta promesa que hizo mediante un puñado de oro, y se contentó con echarlo á la Inclusa. Cómo supo mi tía el origen y el nombre del muchacho, lo ignoro. Sólo sé, y me basta, que le instituye su heredero universal, y que á mí me deja arruinado.
- BIENV. Arruinado! Y mi crédito?
- JORGE. Perdido... si desde ahora no me ayuda usted á desembarazarme del granujilla.
- BIENV. Qué? (Con repulsión.)
- JORGE. Se asusta usted?
- BIENV. Asesinar á un niño!... Antes perdería mi dinero y cien veces más!
- JORGE. Diablo! No le creía á usted tan sensible.
- BIENV. Para ciertas cosas... sí que lo soy, sí señor!... Yo no valgo un cigarro, lo confieso; y en punto á conciencia, casi estoy por decir que no me la he conocido en los ochenta años y pico de vida que tengo. Pero en este corazón petrificado por la edad y por la experiencia de los hombres, hay una fibra sensible... el amor á mi Teresilla, á mi adorada nieta, que hoy mismo debe llegar para no separarse nunca de mi lado. Dicen que soy codicioso y avaro? Tienen razón: pero es por ella, por hacerla á ella rica y feliz. Se ríe usted? Es que no cree usted siquiera en la ternura de un abuelo por su nieta... Vamos! Eso prueba que es usted mucho peor que yo... Gracias á Dios, hay alguien delante del cual puedo yo pasar por hombre honrado!
- JORGE. De modo que renuncia usted su crédito?
- BIENV. No... Veremos de anular su testamento.
- JORGE. Imposible! Está en toda regla, y la cláusula que contiene me quita toda esperanza, á menos que el hospiciano no se desherede á sí mismo.
- BIENV. Cómo! Desheredarse á sí mismo?
- JORGE. Sí; el heredero pierde todo derecho á su fortuna desde el momento en que se le pruebe que ha cometido un acto culpable ó deshonesto.
- BIENV. Dice eso el testamento?

- JORGE. Al pie de la letra.
BIENV. Oh tía previsor! Nos hemos salvado, don Jorge.
- JORGE. De qué modo?
BIENV. El testamento está en casa del notario Salazar?
JORGE. Sí.
BIENV. Y el muchacho está en el asilo de huérfanos, y es ese que usted me ha enseñado hace poco?
JORGE. Exactamente.
BIENV. Muy bien. Ya sé lo que hay que hacer. Mañana estará el testamento en nuestras manos, ó los imbéciles que hayan intentado robarlo habrán ido á la cárcel... Jé! Jé!
- JORGE. Pero así y todo, yo no me libro de la ruina.
BIENV. Sí, hombre, sí... No me comprende usted? El heredero perderá la herencia en cuanto se le pruebe que ha cometido un acto deshonesto... no es esto?
JORGE. Sí.
BIENV. Pues bien; esta noche se introducirán dos personas en casa del señor Salazar. Cojen el testamento? Magnífico! Lo hacemos pedazos, y en paz. Son ellos los cogidos? Mejor, porque uno de los ladrones será el mismo heredero... eh?
- JORGE. Ingenioso hasta más no poder... Pero la manera de hacerlo?
BIENV. Eso corre de mi cuenta...
JORGE. Es que, según me han dicho en el Hospicio, el muchacho tiene un defensor terrible; un perro llamado Tom, que podría ser un estorbo.

ESCENA VII.

DICHOS: COLILLA, que sale de la taberna trayendo atado con una cuerda á Tom, el cual se esfuerza por desatarse.

- COLILLA. Vamos, condenado... que no te voy á dar morcilla.
BIENV. Hombre! Qué buena pareja!... Dónde has encontrado eso?
COLILLA. Este y yo nos hemos encontrado en la taberna, y me lo llevo á ver si me lo pagan bien. El bri-

bón se figura otra cosa y tira de la cuerda como un desesperado. Es un perro muy malicioso.

JORGE. Calla! No es el perro que llaman del Hospicio?
COLILLA. Quizás que lo sea. Yo sólo sé que responde al nombre de Tom.

BIENV. Tom!...

COLILLA. No le llame usted, por Dios, que se me va de entre las uñas.

BIENV. Es el mismo.

COLILLA. Y qué! No podré venderlo ya?

BIENV. (Como asaltado por una idea.) Está vendido. El señor te lo compra. (Por don Jorge.)

JORGE. Yo!

BIENV. Sí; por cinco duros Déselos usted... Nos conviene á entrambos.

JORGE. Sea. (Le da la moneda.) Toma, y llévate á ese animal.

BIENV. (Acariciándole.) Pobrecito! Pobrecito! (A Colilla.) Anda, átale una piedra á la cuerda y al río con él!

COLILLA. Al río!

BIENV. Sin perder minuto, y en seguida vas á buscarme, porque tengo que proponerte un buen negocio para esta misma noche.

COLILLA. De cabeza, don Bienvenido... (Aparte.) Cinco duros por ahogar á un perro... Por menos se escabecha á un hombre... Si será un personaje que viaja de incógnito!

BIENV. Anda, anda!

COLILLA. Vamos, señor Tom, no se haga usía de pen-cas que va á tomar un baño. (Se lleva al perro, que sigue resistiéndose.)

ESCENA VIII.

DON BIENVENIDO.—JORGE.

JORGE. Por de pronto, ya tenemos un enemigo fuera de combate.

BIENV. Lo demás será coser y cantar: yo respondo.

JORGE. És usted hombre de génio!

BIENV. Todo es poco para cobrar de deudores como usted... Hasta mañana, don Jorge.

JORGE. Hasta mañana. (Vase. Don Bienvenido le acompaña hasta el fondo.)

ESCENA IX.

DON BIENVENIDO.—MIGUELILLO.

- MIG. Tom no ha concluído de almorzar todavía? Eso me parece gula.
- BIENV. (A Miguel.) Hola, buen mozo!
- MIG. Caballero!
- BIENV. Buscas algo por aquí?
- MIG. Sí señor, á mi perro que se ha quedado en la taberna. (Llamando.) Tom! Tom!
- BIENV. Es inútil que le llames; no te responderá.
- MIG. Cómo!
- BIENV. Te lo han robado.
- MIG. Robado?
- BIENV. Ya lo decía yo! El hombre que lo lleva no puede ser su amo, porque el perro iba de muy mala gana.
- MIG. Y usted sabe por dónde ha ido?
- BIENV. Sí lo sé.
- MIG. Oh! Corramos, pues, en su busca.
- BIENV. Pierde cuidado. Conozco al ladrón, y te prometo que darás con él si me sigues.
- MIG. Al fin del mundo que sea preciso. Vamos! (Suena la campana del Hospicio.)
- BIENV. Qué es eso?
- MIG. La campana del Hospicio que nos llama... Voy á pedir permiso...
- BIENV. Te advierto que no puedo esperarte, y si te quedas... adiós, perro!
- MIG. Es que me castigarán si falto.
- BIENV. Entonces que lo pases bien.
- MIG. Oh! no; aunque me dejen sin comer y me metan en el calabozo, yo no me quedo sin mi pobre Tom. Andando!
- BIENV. Andando, pimpollo! (Aparte.) Mañana el señor don Jorge me habrá pagado su deuda! .. (Se ríe, toma un polvo de rapé y se va con el muchacho.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardín en casa del notario señor Salazar. En el fondo una tapia con verja al centro. Entrada á la casa por la derecha. A la izquierda un pabellón. Banco, velador y sillas de jardín.

ESCENA PRIMERA.

ANA.—JUAN.

JUAN. (Saliendo del pabellón.) Cumpliendo las órdenes de mi amo, he puesto el equipaje de la señorita en este pabellón que se ha destinado para ella. Si la señorita quiere entrar...

ANA. (Sentada á la derecha.) Gracias. El calor ha sido sofocante todo el día, y prefiero aguardar aquí al señor Salazar.

JUAN. Me parece que ha debido ya llegar... Esta es su hora.

SAL. (Dentro.) Está esa señorita en el jardín?

JUAN. No me equivocaba. Ahí está.

ESCENA II.

ANA.—SALAZAR.

SAL. (Juan se va á una seña de Salazar.) Ah! querida Ana, perdone usted que le haya hecho esperar.

- ANA. Perdonarle á usted... que es mi único apoyo en este mundo!
- SAL. Al suplicarle á usted que viniese á verme, he cumplido la voluntad de su difunta tía doña Josefa Jáuregui, la cual ordenó expresamente que su testamento se abriese en presencia de usted... Creo además que su ódio se extinguió con su vida, y que ha querido reparar el mal que á usted la ha causado.
- ANA. Mi tía no me perdonó jamás que me uniese secretamente á un hombre que ella juzgaba indigna de mí.
- SAL. Y qué fué de usted después que huyó de casa de su tía?
- ANA. Huir? No. Ella me expulsó ignominiosamente al saber que en mi seno alentaba el primer fruto de mi legítimo amor, aunque ella lo creía impuro y vergonzoso. Me fuí á un cortijo, donde Enrique y yo nos habíamos visto con frecuencia, y allí le esperé para marcharnos á Madrid. Pero pasaron muchos días, y Enrique no vino. Allí, en aquella humilde y solitaria vivienda, quiso Dios otorgarme la dicha de ser madre, y entonces, yo que el día anterior no me hubiera humillado á mi tía por nada del mundo, le escribí una carta... como escrita con el corazón y teniendo á mi hijo sobre las rodillas. Le pedía pan para aquel angel de Dios. No recibí contestación ninguna, y determiné trabajar para el hijo de mis entrañas. Gracias á la bondad de la honrada campesina que me había recogido y cuidado en su casa, el cura del pueblo inmediato se interesó por mí y pudo colocarme de doncella de una familia distinguida que iba á establecerse á Madrid. Tuve necesidad de separarme de mi hijo, pero la buena Isabel me aseguró que lo criaría como si fuera suyo, y se lo dejé encomendado á su cariño.
- SAL. (Aparte.) Isabel! Este es el nombre que he leído en los apuntes de doña Josefa Jáuregui.
- ANA. En Madrid recibíamos los periódicos de Sevilla, que yo leía con afán por si en ellos se hablaba

alguna vez de mi marido, cuyo paradero seguía yo ignorando. Pero calcule usted cuál sería mi sorpresa y mi dolor cuando en uno de aquellos diarios me encontré con la espantosa noticia de que Enrique acababa de ser condenado á presidio por un asesinato. Pensé que Dios no podía mandarme pena más horrible... Desgraciada de mí! Me la mandó aún mayor al arrebatarme al hijo de mis entrañas...

SAL. Cállese usted... (A Juan que llega.) Eh? Qué traes?

ESCENA III.

DICHOS.—JUAN.

JUAN. El secretario del Gobierno civil espera al señor. Dice que tiene que hablarle de un asunto importante y que urge mucho.

SAL. Está bien... (A Ana.) Mañana debemos proceder á la apertura del testamento de su tía. Cumplido este deber, iremos juntos al cortijo de Isabel. Hasta mañana, pues, hija mía.

ANA. Dios le premie sus bondades. (Vase Salazar.)

ESCENA IV.

ANA.—JUAN.

Durante la escena anterior Juan ha entrado en el pabellón y encendido las bujías. La ventana del pabellón está abierta.

JUAN. (Saliendo.) La señorita tiene ya luz en su habitación.

ANA. Gracias.

JUAN. No tendrá miedo la señorita de estar ahí sola?

ANA. Miedo..., á qué?

JUAN. Hum! Este barrio no es de los más seguros de la ciudad... Suele haber algunos robos... (Mirando á la verja del fondo.) Y sigue ahí sin moverse...

ANA. Qué mira usted?

JUAN. A un hombre que parece forastero y que está sentado en el banco inmediato á la verja... Al

principio lo creí sospechoso... Hay tantos mendigos falsificados!... Pero luego he visto que debe ser pobre de verdad... Está tan abatido y tan... Manda algo la señorita?

ANA. Nada. (Vase Juan a la casa. Entouces aparece un hombre, en el fondo, vestido pobremente y con un sombrero que le oculta el rostro. El hombre se para junto á la verja.)

ESCENA V.

ANA.—Luego ENRIQUE.

ANA. El hombre parecía esperar que yo me quedase sola para acercarse á la verja... Querrá hablarme? Me conocerá acaso?... Ah! No. Ya adivino. (Saca una moneda del bolsillo y va á dársela.) Hermano, yo también he sido pobre y me han socorrido. Permítame que haga por usted lo que han hecho por mí. (Enrique la besa la mano.) Qué hace usted?

ENRIQ. Dar gracias á Dios, Ana.

ANA. Qué oígo! .. Esa voz... Oh! Deliro... No es, no puede ser Enrique...

ENRIQ. Soy un presidiario que ha roto su cadena.

ANA. (Abriendo la verja.) El!... Mi Enrique!...

ENRIQ. Silencio!... Enrique soy, que no ha pedido á Dios, en cambio de catorce años de tormentos, más que poder decirte: Ana, soy inocente! Un miserable me acusó de su propio crimen. No quería que fuéramos tú y yo el uno para el otro, y no habiendo podido matarme, me calumnió para abrir entre ambos un abismo de oprobio y de vergüenza.

ANA. Que eres inocente?... Ah! Mi corazón me lo ha dicho á voces... Pero podrás probarlo ante el tribunal?

ENRIQ. Todavía no tengo más que la declaración del testigo falso comprado por mi asesino, y del cual éste se sirvió para que me condenaran... A la hora de su muerte, escribió una declaración que un alma generosa hizo llegar hasta mí.

ANA. Pero ese enemigo encarnizado que deseaba nuestra ruína, quién es?

ENRIQ. Jorge.

ANA. Mi primo Jorge, sí: sólo á él le interesaba perderte. Y dices que tienes la prueba de su infamia?

ENRIQ. Esta es la declaración de su cómplice. (Dándole un papel.) Lee, que para darte á leer este papel he arrostrado mil veces la muerte.

ANA. (Se acerca á la ventana del pabellón, cuyas luces le permiten leer el papel.) En efecto, este hombre confiesa que en el camino de Ronda, por orden y con el auxilio de Jorge Belmonte, quiso matar á Enrique Martín, y que éste, en defensa propia, hirió gravemente á Jorge...

ENRIQ. Así fué...

ANA. Pero, Dios mío!...

ENRIQ. Qué?

ANA. Esta letra .. yo creo conocerla...

ENRIQ. Tú!

ANA. (Sacando un papel.) Oh! sí... se parecen... (Cotejando ambos escritos) Mira! .. No es la misma letra?

ENRIQ. En efecto, pero este papel...

ANA. Lee, y ya que sólo has sido desgraciado, y no culpable, derecho tienes á llorar conmigo á nuestro hijo.

ENRIQ. Nuestro hijo... muerto! (Leyendo.) Y tú le viste morir, pobre madre!

ANA. No. Yo estaba en Madrid.

ENRIQ. No? Y no tienes más prueba de la muerte de nuestro hijo que este papel?

ANA. Es la partida auténtica, que no admite duda.

ENRIQ. Partida falsa, que encubre una nueva traición.

ANA. Qué dices?

ENRIQ. Digo que te engañas, Ana. Cierito, la misma mano ha escrito ambos papeles, y esa mano es la del cómplice de Jorge; de Jorge que tenía también interés en la desaparición de nuestro hijo.

ANA. Jesús! Lo asesinaría Jorge?

- ENRIQ. No; si ha querido engañarte falsificando esta partida de defunción, es porque el niño vive!
- ANA. Vive!
- ENRIQ. Vivía, á lo menos, cuando se redactó esta partida.
- ANA. Oh! Enrique! Enrique!
- ENRIQ. A quién confiaste el cuidado de nuestro hijo?
- ANA. A una campesina llamada Isabel... la que vivía en el cortijo donde solíamos vernos tú y yo.
- ENRIQ. Y no has vuelto á verla?
- ANA. No, y todas las cartas que le he escrito desde que recibí este documento se han quedado sin contestación.
- ENRIQ. Yo la veré
- ANA. Iremos juntos.
- ENRIQ. No; delante de tí no confesaría acaso la verdad... Además necesito ir solo para obrar libremente. Mañana al amanecer estaré allí.
- ANA. Alguien llega...
- ENRIQ. Oh! Si me viesen me prenderían de nuevo, y ahora más que nunca necesito de libertad... Ana! Espera y reza, que Dios tendrá piedad de nosotros.
- ANA. Adiós, Enrique mío.
- ENRIQ. Dios, que es tan bueno, nos devolverá á nuestro hijo... Adiós, adiós!... (Vase foro.)

ESCENA VI.

ANA.—JUAN.

- ANA. Oh, señor! Gracias, porque en medio de la noche de mis amarguras, me habeis mandado un rayo de esperanza y de consuelo ..
- JUAN. Aún está la señorita levantada?
- ANA. Quisiera ver al señor Salazar...
- JUAN. Se ha retirado ya, y no hay luz en su cuarto.
- ANA. Entonces no debo molestarle, pero mañana, en cuanto pueda recibirme, hágame usted el favor de avisarme. Sí? Tengo precisión absoluta de verle.
- JUAN. Descuide la señorita. (Vase Ana á su pabellón.) El

secretario del Gobierno, que es buen amigo de la casa, ha venido á recomendarnos que estemos muy sobre aviso, porque, según parece, la noche pasada ha habido una tentativa de robo en la vecindad. Hay tanto pillol! Yo estaré en vela hasta el amanecer... Ya he registrado todas las puertas y están bien... Ahora veré la del jardín... Hay dos escopetas... que él tenga una cargada, y yo tendré la otra... y si alguno se descuida... (Vase izquierda por detrás del pabellón.)

ESCENA VII.

COLILLA.—MIGUELILLO.—JUAN.

En este momento aparecen detrás de la verja cerrada Colilla y Miguelillo.

MIG. Pero, no vamos á llegar nunca?

COLILLA. Chist... Ya hemos llegado.

MIG. Entonces, llama.

COLILLA. Cá! hombre!... Espera aquí hasta que yo venga á abrirte.

MIG. Y por dónde vas á entrar tú?

COLILLA. Eso no te importa. Has prometido hacer todo lo que yo te mande para recobrar á tu perro, no?

MIG. Sí, pero..

COLILLA. No hay pero que valga. Echate ahí en ese banco y hazte el dormido.

MIG. Bueno; pero no tardes mucho, porque puedo quedarme dormido de veras. Estoy muy cansado. (Desaparecen.)

JUAN. (Vuelve con una escopeta.) Ese imbécil de jardinero es más cobarde que yo .. se ha encerrado en su caseta... y dice que hará fuego desde la ventana al menor ruido que oiga, pero que no sale... Siempre será una señal de alarma... Con tal que á esta señorita no se le ocurra tomar el fresco á media noche... (Llama á su puerta.) Señorita, señorita... si oye usted algún ruido esta noche en el jardín, no salga usted de ningún modo, porque correría usted peligro... Por lo de-

más, no tenga usted miedo, que yo estoy por aquí cerca. (Al irse.) Con esto no hay cuidado. (Vase.)

ESCENA VIII.^a

COLILLA, luego MIGUELILLO.

- COLILLA. (Entrando por la izquierda, detrás del pabellón.) Me ha parecido sentir pasos delante de mí... pero no veo á nadie... Oh! Todavía hay luz en ese pabellón! Hay que esperar que se apague... Conozco esta casa como si fuera la mía... Hace dos años dimos aquí un golpe de *buten*... Orden de don Bienvenido: ir al despacho del señor Salazar, primer piso... allí. Cojer un papel sellado con tres sellos negros, y con un rótulo que dice: *Testamento de doña Josefa Jáuregui*. Qué bueno es saber leer para todas las carreras que uno siga! Doscientos duros me vale el negocio, y lo que yo pueda *apandar* por mi cuenta... Ah! se apagó la luz. (Se ha apagado en efecto.) El chiquillo ha tenido tiempo de echar un sueño... Abramos la verja para que entre el monigote... Chist! chist! Job!
- MIG. (Llegando con presteza.) Qué! Ha parecido el perro?
- COLILLA. Qué vivo eres de genio, chicolín! La persona que lo ha cogido, no lo suelta á tres tirones, y hay que quitárselo con maña.
- MIG. Quitárselo!
- COLILLA. Como ha hecho contigo.
- MIG. Es que á mí me lo ha robado.
- COLILLA. Claro! Pero tú no se lo robas, aunque se lo quites. No te he explicáo ya esto por el camino, hombre?
- MIG. Sí... es verdad. Pero yo quiero reclamar mi perro á grito pelado, delante de todo el mundo, porque es mío... y si no, á la prueba. En cuanto oiga mi voz, á que se viene conmigo?
- COLILLA. Te quieres callar, sabandija, te quieres callar? No vendrá aunque le llames, porque está encerrado.

- MIG. Dónde?
- COLILLA. En un sitio de la casa que yo conozco. Ahora voy por él.
- MIG. Y yo contigo.
- COLILLA. Que no, hombre! Tú te quedas aquí de centinela, y si oyes algún ruido, me avisas soplando en este instrumento. (Le da un silbato.)
- MIG. Y para qué tanta cosa?
- COLILLA. Quieres ó no quieres ver á Tom?
- MIG. Sí.
- COLILLA. Pues ya sabes lo que tienes que hacer: ver, oír... y echarte un nudo á la lengua.
- MIG. (Viendo que el otro saca una linterna sorda.) Qué haces?
- COLILLA. Quieres que vaya á oscuras?
- MIG. Pero sabes el camino?
- COLILLA. Jesús! Qué preguntón estás por parte de noche! Ea! Que vigiles por aquí mientras yo estoy en la casa.
- MIG. Y vas á entrar en la casa, estando las puertas cerradas?
- COLILLA. Eso es cuenta mía. (Cáesele un manojo de llaves que ha sacado del bolsillo.)
- MIG. (Recogiéndolas.) Qué es esto?
- COLILLA. Trae acá. Son las llaves que me ha dado el jardinero... Chist!... Creo que han abierto una ventana... (Sube hacia el fondo.)
- MIG. (Que á la claridad de la luna examina las llaves.) Hace un mes, prendieron á un hospiciano porque había robado al administrador, y le encontraron en su cuarto llaves é instrumentos como estos. Con estas llaves, según decían, se abren todas las puertas, las puertas de los demás, y no las usan más que los ladrones. (A Colilla, que baja al proscenio.) Conque tú eres un ladrón?
- COLILLA. Chiquillo! Por quién me tomas?... Dáme eso en seguida
- MIG. Cá! Ni te doy esto, ni te dejo aquí sólo. La caridad pública ha hecho de mí un muchacho honrado. He vivido con el dinero de los demás, quizá con el del dueño de esta casa: y quieres tú robar á quien puede muy bien ser uno de mis

bienhechorcs? No! Yo le defiendo, porque al defenderle á él me parece que pago la deuda que tengo con todos los que me han favorecido.

COLILLA. (Aparte.) Este va á hacer que me cuelguen! (Agarrándolo por el cuello.) Pues no gritarás, ni despertarás á nadie, condenado!

MIG. (Medio ahogado.) A mí, Tom, á mí! (Tom aparece ladrando detrás de la verja, y después de buscar por donde acudir en auxilio de Miguel desaparece en seguida.)

COLILLA. Eh?

MIG. Es él! Tom!

COLILLA. El perro! Imposible!

MIG. Ahora seremos dos contra tí.

COLILLA. Pues si yo le he ahogado!... (Tom, que figura haber saltado por la tapia, llega y se lanza sobre Colilla, que trata de librarse de él.)

MIG. Anda con él, Tom!

COLILLA. Pero este animal es una merluza!... Diablo! Se me va á comer vivo!.. (Escapando de él.) Chuchol! Chuchol! Piés, para qué os quiero? (Huye por la izquierda, y el perro detrás y ambos desaparecen, hasta que vuelven á cruzar por el lado de la verja corriendo el perro tras de Colilla.)

MIG. (Llamando.) Tom, aquí! Tom! (Va á seguir al perro y en aquel momento disparan un tiro por el lado izquierdo. Miguelillo, herido en la espalda, se para.) Ah! Herido... Me han herido... Quizá muerto.. Pero no han robado... No han robado!... (Caen en los peldaños que suben al pabellón. Gritos y ruido dentro de la casa de gentes que corren y bajan al jardín. Ana, al ruido, abre la puerta del pabellón, y se queda contemplando á Miguelillo que está tendido á sus piés.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala baja en casa de don Bienvenido. Muebles de mal aspecto. Dos puertas laterales á la derecha. A la izquierda, en primer término, una puerta secreta; en segundo una reja que da al muelle, y cuya parte superior se abre. En el fondo puerta principal que da a la calle. Un armario de roble con grandes cerraduras adosado á la pared del fondo. A la derecha una mesa antigua, como el armario, cargada de papeles y objetos de poco valor, entre los cuales hay algunas armas de fuego y cortantes. Un sillón y algunas sillas desparramadas.

ESCENA PRIMERA.

DON BIENVENIDO.—TERESA, sentados.

- BIENV. Vamos! Si me parece mentira que pueda estrecharte en mis brazos!... Estás hermosa como un ángel... un poco morena... El sol de Africa que se cansaba por lo visto de besar tu cutis son rosado...
- TER. Me mira usted con ojos de padre. (Muy preocupada.)
- BIENV. El tuyo no ha podido quererte tanto como yo... Bribón! Se me llevó á mi hija, que era todo mi cariño, y luego que ella murió, tampoco quiso que tú permanecieras á mi lado, tú en quien yo veía, en quien estoy viendo ahora mismo las facciones de tu madre... Bribón!

- TER. Padre mío! (Reconviniéndola.)
BIENV. Es verdad... Ha muerto también, y á los muertos hay que dejarlos en paz. Pero mira que obligarte á ir con él á Ceuta á hacer la vida militar, cuando aquí conmigo hubieras estado hecha una reina...
- TER. No hablemos de eso...
BIENV. Tienes razón. Ya todo ha cambiado, y puedes decir que vas á ser la mujer más dichosa del universo. Oyes? En cuanto liquide mis negocios nos iremos de Sevilla... á Madrid... á París... á donde quieras, y tendrás coches y brillantes y un palacio, si se te antoja, porque soy rico, muy rico... En esta casa tan inmunda, bajo nuestros piés. dentro de ese armario, hay oro á montones y alhajas que valen un Potosí, y títulos y billetes... Pues todo lo he acumulado para tí, para mi nietecilla del alma que es el único rayo de sol que viene á iluminar mi vejez... Me entiendes? Sí, padre mío!
- BIENV. Qué friamente me contestas!... Así pagas mi cariño! No te alegra la idea de ser rica?
- TER. No.
BIENV. Pero tú tienes algo?... Qué te pasa?
TER. Nada.. que en la travesía me asusté mucho cuando caí al mar...
BIENV. Al mar!... No me has dicho...
TER. Para qué?... Ya pasó ..
BIENV. Pero cómo fué...
TER. Un golpe de agua,.. yo paseaba en la popa... Caí... y gracias á un hombre valeroso que se arrojó á salvarme, puede usted decir que todavía tiene una nieta á quieu amar.
- BIENV. Ese hombre, cómo se llama? quiero saberlo porque á él le debo más que la vida
TER. Pablo, me centestó al preguntarle yo su nombre.
- BIENV. Y nada más?
TER. Nada más. Cuando desembarcamos desapareció, y no he vnelto á verle.
- BIENV. Pero eso, qué tristeza puede causarte?
TER. Ninguna.. Es que... (Aparte.) Cómo decirle que

allí hablaron de las infamias que en esta casa se cometen para acumular ese oro con que me quicre hacer feliz?

BIENV. Mira, Teresa mía, te prohibo que estés triste, ó vas á hacer que me desespere... (Ruido precipitado de pasos dentro, y voces de socorro! socorro!) Eh! qué es eso?

ESCENA II.

DICHOS.—COLILLA, seguido de TOM. Pálido y con el vestido en desorden, Colilla se precipita en la sala y se esconde detrás del armario.

COLILLA. (Con voz ahogada por el cansancio y el miedo.) Socorro! socorro! que se me come!... (Entra Tom y se dirige á la izquierda.)

BIENV. Cómo! El perro que has debido ahogar en el río? (Teresa se dirige á Tom.) No te acerques, por Dios, hija mía.

TER. (Acariciándole.) Pobrecito! Si no hace nada!... Cómo se llama?

BIENV. Tom.

TER. Vamos, amigo Tom; no seas malo, eh? Mire usted cómo lame la mano que le acaricia. .

COLILLA Si yo pudiera cojer una de esas pistolas... qué buena ocasión para darle el pasaporte á ese bicho!...

TER. Te prohibo que le mates.

BIENV. Pero, qué ha pasado? (A Colilla.)

COLILLA. Lo contaré todo, cuando ese (Por el perro) no pueda mezclarse en la conversación.

BIENV. Podemos encerrarlo.

TER. Sí. en mi habitación.

COLILLA. Yo no me encargo de enseñarle el camino.

TER. Ven, amigo Tom... (Abriendo la puerta.) Ven. Mientras yo esté aquí, te aseguro que nadie te hará daño. (Colilla va saliendo del escondite para ver encerrar á Tom, el cual se lanza por la puerta adentro, que Teresa cierra tras él.)

COLILLA. Uf! de buena me he librado.

BIENV. Supongo que ahora me dirás...

- COLILLA. Pues llegamos á casa del notario, y ya iba yo á hacer el negocio sólo, porque el chiquillo no se, había enterado de nada, cuando ese maldito animal, que yo creía pataleando con los peces del río, vino á echar su cuarto á espadas... Había roto la cuerda encontrado luego la pista del muchacho... y es que lo huele á cien leguas de distancia...
- TER. Pero el muchacho de que éste habla qué iba á hacer en casa de un notario por la noche y acompañado de un mozo de esta especie?
- COLILLA. Pues iba...
- BIENV. (A él aparte.) Calla... (A Teresa.) Nada, hija mía... Son asuntos de comercio que á tí no pueden intartarte... Anda; vé á descansar... Dentro de poco iré á darte un beso y las buenas noches.
- TER. (Aparte y con expresión de vergüenza.) Comprendo!... Lo que decían en el vapor al saber de quién era yo nieta, es verdad... Dios mío! Qué ignominias me reserva la suerte? (Se va por la derecha.)

ESCENA III.

DON BIENVENIDO.—COLILLA.

- BIENV. De todas maneras, tú me traes el testamento no es verdad?... Lo demás que hayas tomado por tu cuenta... ya sabes, es para tí.
- COLILLA. Lo que yo he tomado!... He tomado la puerta, es decir, la pared arriba, lo mismo que un mono.
- BIENV. Y eso es todo lo que has hecho?
- COLILLA. Y eso hubiera usted hecho en mi lugar.
- BIENV. Y á qué diablos te traes aquí al perro?
- COLILLA. Que yo me he traído al perro? El perro es el que me ha traído á mí á paso redoblado...
- BIENV. Cómo!
- COLILLA. Como que el chiquillo que usted me dió de compañero—¡Valiente compañero es el monigote!— me armó una chillería en cuanto empezó á enterarse de la cosa... Yo me abalancé á su gazzate, y no sé lo que hubiera hecho con la criatura

sin ese condenado chucho que se arrojó sobre mí como un Miura; don Bienvenido... Eché á correr .. y el perro detrás... Yo apretaba... y el perro mordiéndome los talones... Qué talones?... Las panterrilas, y más arriba... hasta que al fin llegué aquí con la lengua fuera y más muerto que vivo .. Así es como yo he traído al perro.

BIENV.

Y el hospiciano se ha escapado también?

COLILLA.

Qué sé yo!... Usted me dijo que en caso de una sorpresa, yo procurase salvarme sólo, y la verdad: he seguido puntualmente su consejo paternal. Puede ser que el tiro que oí en la casa fuera á la salud del muchacho; pero no tuve tiempo de enterarme porque me tenía muy ocupado el chucho... Maldita sea su estampa! Pero nos veremos las caras.

BIENV.

Mi nieta te ha prohibido matarle.

COLILLA.

Es que es una cuestión personal entre él y yo... y mi dignidad no me permite...

BIENV.

Ea! vetel y cuidado con que le toques...

COLILLA.

(Aparte.) No le tocaré... pero si él se libra de un embutido municipal... que me emplumen! (Vase.)

ESCENA IV.

DON BIENVENIDO, solo.

Falló el golpe!... Pero ese tiro me inquieta... Que al muchacho le quiten su herencia... Psché eso no le hará cambiar de costumbres... Que lo cojan y lo metan en la cárcel unos cuantos meses, poco puede importarle... Pero la sangre... oh! no: la sangre es una cosa que se ve y se toca y que da miedo... Oh!... Necesito saber lo que ha ocurrido... (Cuando va á marcharse sale Teresa.)
Teresa!

ESCENA V.

DON BIENVENIDO.—TERESA.

TER.

Vengo á despedirme de usted.

- BIENV. Qué!... Despedirte? Has dicho que vienes á despedirte de mí?
- TER. Me voy ahora mismo... y no pretenda usted detenerme, padre mío... porque los malos pensamientos son contagiosos en esta casa, y antes de ser impía é ingrata con usted, prefiero marcharme de aquí para siempre.
- BIENV. Pero te has vuelto loca?
- TER. (Con calma.) Oh! Usted no me obligará á permanecer en esta casa. Usted no querrá exponerme á maldecir la mano que me acaricia, á pedir que la venganza de Dios caiga sobre el techo que me da abrigo!...
- BIENV. Quién te ha sugerido ideas semejantes?
- TER. La indignación... la vergüenza! Qué diría usted, padre, de un hombre rico que quisiera regalar á su hija una corona de duquesa y que para cobrar no sé qué miserable deuda sacrificase el honor y acaso la vida de un pobre niño?
- BIENV. Ah! Sabes?... Le han matado quizá? ..
- TER. Usted diría que eso es infame, no es cierto?
- BIENV. (Con ansiedad.) Te pregunto si le han matado.
- TER. Oh! Gracias á Dios, su terror de usted me prueba que usted no le ha enviado á la muerte... Tranquilícese usted: vive.
- BIENV. Vive! (Calmandose.) Menos mal... Pero cómo has sabido tú?...
- TER. Hace un momento, al entrar en mi cuarto, oí que llamaban de un modo particular en la madera de la reja... Apenas la entreabrí, una mano se deslizó por la abertura y dejó caer esta carta en el suelo: «Para don Bienvenido,» dijeron, y á poco oí el rumor de pasos que se alejaban...
- BIENV. (Mirando la carta.) Y has abierto el papel?
- TER. Sí! Las palabras del enemigo de ese pobre perro habían comenzado á despertar en mí ciertas sospechas... Me figuré que en este misterioso escrito podría verlas confirmadas, y no me engaño. (Leyendo) «Su plan de usted ha tenido éxito completo, y yo podré pagarle mi deuda. El muchacho, inocente cómplice de la expedi-

ción fracasada, no ha podido escaparse. Está oculto en casa del notario, esperando tal vez que podrá librarse de la justicia; pero la casa está vigilada constantemente, y mañana, sin falta, el hijo de Enrique Martín y de Ana Belmonte estará en la cárcel.»

BIENV. Vamos! vamos! La cosa no es tan grave como yo creía.

TER. Que no es grave dejar que se cometa un crimen por cobrar una deuda! Y usted sería capáz...

BIENV. Hija, mi comercio tiene exigencias penosas...

TER. Ah! Exigencias infames, contra las cuales se rebela indignado mi corazón... Se admira usted de oirme hablar así? Pues sepa que antes de aceptar esas riquezas que usted me ofrece, mendigaré de puerta en puerta el pan de cada día... A lo menos ese pan tendrá el sabor de la honradez... Adiós, padre mío, adiós! (Medio mutis.)

BIENV. Ah! no: no me abandonarás. He esperado tanto tiempo que vinieses á ser el consuelo de mi vejez para marcharte ahora de esa manera?

TER. Va usted á consentir que prendan á ese niño inocente?

BIENV. Bueno... yo procuraré arreglar eso... Pero por Dios, no te vayas, Teresa mía!

TER. No me quedo sino á condición de que vea usted á ese hombre que le persigue, y le obligue usted á renunciar á sus inícuos propósitos ..

BIENV. Convenido... Le veré .. le veré mañana.

TER. Mañana será tarde. Hay que verle esta misma noche.

BIENV. Pero considera, hija mía, que son dos mil duros los que me debe...

TER. Quiere usted que me vaya para no volver?

BIENV. No! no! Voy ahora mismo...

TER. Ahora mismo!

BIENV. Sí, hija mía, sí... ahora mismo... ya lo ves... Por tí haré lo que quieras.... lo que quieras... (Vase.)

ESCENA VI.

TERESA, sola.

Todo verdad, Dios mío!... Algunas veces le oí hablar á mi padre de estas infamias, pero mi inteligencia de niña no podía comprenderlas.... Hoy las veo, las toco.... y me siento morir de vergüenza y de dolor... ¡Oh Virgen Santa! Dame fuerzas para luchar contra las iniquidades que me rodean y para salvar á este anciano que en ellas ha consumido su existencia. (La puerta se abre y un grupo de hombres rodean á otro y le obligan, á pesar suyo, á entrar en casa de don Bienvenido.

ESCENA VII.

TERESA.—COLILLA.—ENRIQUE, y otros.

- TER. (A Colilla que entra el primero.) Que sucede?
COLILLA. (Teniendo la puerta abierta, á Enrique.) Vamos adentro, compañero... y aprisa!
ENRIQ. (A los hombres que le rodean que entran en escena y cierran la puerta.) Pero qué quereis de mí?... A dónde me traeis? .
TER. (Reconociéndole) Pable!
ENRIQ. Teresa!
TER. (A los hombres.) Yo le defiendo; es mi salvador!
COLILLA. Y nosotros le salvamos á él. Estos le han reconocido como compañero de colegio... en Ceuta, y al ver que una pandilla de polizontes le había echado el ojo, se hicieron la seña convenida, le rodearon y . nada; ni visto, ni oído... se lo tragó la tierra.
ENRIQ. (Sorprendido aún y dirigiéndose afuera.) Y dónde estoy? Qué casa es esta?
TER. (Bajando la cabeza.) Esta es...
COLILLA. La casa de nuestro protector don Bienvenido.... De nuestro padre eterno, como nosotros le llamamos al abuelo de esta niña bonita... Aquí está.

usted más seguro que en casa del gobernador...
(A los otros) Conque... á trabajar, muchachos,
á ver si hoy se pesca algo bueno... Yo no me he
estrenado todavía.

LOS BANDS. Hasta la vista, compañero. (A Enrique, y vanse.)

ESCENA VIII

ENRIQUE — TERESA.

- TER. Us ted es compañero de esa gente?
ENRIQ. De presidio, sí, por mi desgracia: de crímenes
no. Yo soy un hombre honrado.
TER. Debo creerlo. Quien me salvó la vida, exponien-
do la suya, no puede ser un bandido.
ENRIQ. Y no lo soy. Rompí mi cadena y adopté el su-
puesto nombre de Pablo, no para huir de la jus-
ticia, sino para sincerarme á los ojos de mi es-
posa, y buscar al hijo de mi alma.
TER. Ese es el objeto único de su fuga?
ENRIQ. El único objeto de mi existencia.
TER. Luego es usted un desgraciado que necesita el
auxilio de los demás.
ENRIQ. Sí, hija mía.
TER. Pues bien. Esta casa—usted lo ha oído—es una
casa de maldición, pero de todo lo que hay en
ella puedo disponer á mi antojo. Cuanto haga yo
por usted será poco para pagarle lo que le debo.
ENRIQ. Nada me debes.
TER. El oro dicen que abre todas las puertas. Aquí
hay oro en abundancia. Qué necesita usted?
ENRIQ. Nada, mi buena Teresa. Hoy por hoy calculo
que cuento con los medios necesarios para lo
grar mi objeto.
TER. (Con cierto recelo) No despreciará usted mi oferta?
ENRIQ. Jamás! Puedes sospecharlo?
TER. Júreme usted que en caso de necesidad, á nadie
acudirá usted más que á mí.
ENRIQ. Te lo juro.
TER. Es que será usted el que me favorezca á mí
aceptando el oro que quizá ha amasado el crí-
men.

ENRIQ. Pobre Teresa!
TER. Sirva á lo menos para el bien, el fruto dé la iniquidad.
ENRIQ. Te juro de nuevo que solo á tí acudiré en caso necesario.
TER. Por su hijo de usted?
ENRIQ. Por su vida te lo juro.
TER. Gracias.
ENRIQ. Y tú cuenta con el eterno reconocimiento de Ana Belmonte y de Enrique Martín. (Sale precipitadamente por el fondo. Teresa, al oír estos nombres, queda muda de asombro; luego da un grito, quiere lanzarse para detener á Enrique, pero éste ha desaparecido.)

ESCENA IX.

TERESA, sola.

El... Enrique Martín... El padre de ese niño á quien mi abuelo quería llevar á la cárcel... ah! Dios piadoso!... ¿Habrás desistido, en efecto? Cumplirás su promesa? Verá á ese hombre?... Tiene que sacrificar un puñado de oro... y para él es un sacrificio horrible... Oh!... Temo que la codicia y el interés triunfen y que el inocente sucumba... Yo debo salvarle... salvarle á toda costa. ¿Qué mejor pago puedo dar á quien me salvó la vida?... Pero cómo? Dónde vive ese notario? ¿Cuál es su nombre?... Si pregunto, acaso perjudique al pobre muchacho... ¿Qué hacer? (De pronto). Ah! sí... ¡Vos me inspiráis, Dios mío! Vos me inspiráis! (Entra en el cuarto de la derecha.)

ESCENA X.

DON BIENVENIDO. — TERESA luego.

BIENV. (Entrando por el fondo.) No he encontrado á Jorge... Ya me lo suponía yo, y no me pesa... Es tarde. Cerremos... y á dormir!... Dentro de pocos días, liquidación general y á disfrutar con mi nieta de lo que he adquirido honradamente en tantos años de trabajo... Dejaré esta casucha, y

viviré en grande... Ya es hora de empezar á vivir!... (Mirando á todas partes.) Todo está bien... Todo cerrado! (El armario y los muebles donde pueda haber valores.) Ea!... Buenas noches!... (Coge la luz y se dirige á su cuarto.)

TER. (Aparece en el umbral de la puerta.) Mi padre!... (Cierra de nuevo con presteza.)

BIENV. (Volviéndose.) Eh?... (Tranquilo) No... nada... El perro quizá... A descansar, Bienvenido, y hasta mañana... Jé! jé! (Vase... En cuanto se ha ido, Teresa sale de su cuarto con precaución, va á la puerta del fondo para abrirla y se queda desanimada al ver que no puede.)

TER. Cerrada... cerrada la puerta!... (Corre á la ventana y la abre.) Ah!... La reja... Sí... con pestillo solo... Esto da al muelle y no pasa un alma... Con una silla puedo saltar... (Coloca la silla, y en seguida va á abrir la puerta de la derecha.) Ahora, Tom, enséñame el camino! (Tom sale y de un salto des- aparece por la reja, cayendo el telón cuando Teresa se dispone á subir á la silla para saltar detrás.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

Escena dividida. Una sala elegante. Ventana al fondo y dos puertas á la izquierda, con otra á la derecha oculta en la pared y que comunica con un gabinete que está á la vista del público. En este gabinete algunos muebles; á la derecha dos peldaños que dan á la puerta de una escalera secreta en segundo término derecha.

ESCENA PRIMERA.

SALAZAR y ANA, sentados en la sala.

SAL. Creo como usted en la inocencia de Enrique Martín, pero la declaración que trae y que le justifica completamente á sus ojos de usted acaso no tenga valor ninguno ante el tribunal. Conviene, pues, que Enrique procure no ser reconocido porque le prenderían en el acto. Hasta me parece que debía marcharse de España.

ANA. Eso no lo hará él mientras tenga la esperanza de encontrar á su hijo.

SAL. ¿No me ha dicho usted que Enrique iba á venir á darnos cuenta del resultado de su visita á Isabel?

ANA. Sí señor, y le espero de un momento á otro.

SAL. He dado orden de que dejen entrar, inmediata-

mente, sin hacerle preguntas de ningún género, á la persona que venga á ver á usted. Yo hablaré con Enrique, examinaré los documentos en que puede fundar su acusación contra Jorge, y haré, en fin, mi querida Ana, cuanto esté en mi mano por favorecer á usted.

ANA. Si no tuviera otras pruebas de su bondad de usted, me bastaría el haber ocultado en esta casa á ese pobre niño que encontré herido y desmayado en la escalera de mi pabellón...

SAL. Eso no vale nada. Usted reconoció á ese vagabundo que ya en otra ocasión excitó su interés de usted, y pudo sustraerle á las primeras pesquisas; por mi parte, aunque las circunstancias no le favorecían, me he limitado á ceder á la natural compasión que su edad me inspira.

ANA. ¿Y en dónde está ahora?

SAL. Ha pasado la noche en mi cuarto... Me recordó que yo le favorecí no sé con qué motivo, y el pobre muchacho no se cansaba de bendecirme porque, no atreviéndome á llamar á un médico, yo mismo le he curado la herida que, gracias á Dios, no ofrece gravedad ninguna. Pero su permanencia en esta casa era peligrosa, porque la policía estaba ya sobre la pista, y he resuelto enviarle á mi quinta, á una legua de aquí, donde estará completamente seguro.

ANA. Muy bien pensado.

SAL. Se irá con Juan, que es un criado de toda mi confianza. Bajarán por la escalerilla reservada, y de este modo, sin ser vistos de nadie, podrán cruzar el jardín y salir de la casa.

ANA. Esa escalerilla no comunica con esta habitación?

SAL. (Levantándose, así como Ana, y señalando al gabinete.) Sí, por este gabinete.

ANA. Y dice usted que el niño va á pasar por ahí. tan cerca de nosotros?

SAL. Comprendo. Quisiera usted verle antes de su marcha.

ANA. Sí; un instante siquiera para darle un poco de ánimo.

- SAL. Nada más fácil. (Cuando va á entrar en el gabinete, un criado entra en la sala.)
- ANA. (A Salazar.) Alguien llega.
- SAL. Qué hay?
- CRIADO. Don Jorge Belmonte pregunta por el señor.
- SAL. Ah! Es, en efecto, la hora señalada para la apertura del testamento... Ese caballero está en el despacho?
- CRIADO. Sí señor.
- SAL. Está bien...
- CRIADO. Ah! Me olvidaba decir que poco después ha llegado un forastero que aguarda en la antesala y ha preguntado por doña Ana Belmonte.
- ANA. (Bajo á Salazar.) Es Enrique... Dios mío! Si llega á encontrarse con Jorge...
- SAL. (Idem á ella.) Es preciso evitarlo á todo trance. Usted recibirá á Enrique: yo veré á don Jorge. (Al Criado.) Que entre aquí ese forastero. (Bajo á Ana.) Dígale usted que deseo hablarle: deténgale usted aquí hasta después de la lectura del testamento. (Vase izquierda.)

ESCENA II.

ANA.—Luego ENRIQUE.

- ANA. Habrá visto á Isabel?... Sabrá de nuestro hijo?... Dios mío! No me atrevo ni aun á tener esperanza... pero he sufrido tanto, Señor!
- CRIADO. (Guiando á Enrique.) La señora por quien usted preguntaba.
- ANA. (Conteniéndose. Al Criado.) Que nadie entre aquí. (Vase el Criado. Luego se dirige á Enrique con ansiedad mal contenida.) Estamos solos... y tengo miedo de preguntarte... Isabel?
- ENRIQ. (Enrique que ha permanecido inmóvil y mudo.) Ha muerto.
- ANA. Muerta!
- ENRIQ. Hace tres meses, y nadie ha podido darme razón del niño que ella crió... Pero los libros parroquiales del pueblo inmediato, examinados por mí, no mencionan en ninguna parte el fallecimiento de nuestro hijo.

- ANA. Ah!
- ENRIQ. La partida de defunción resulta, pues, falsa, como yo sospechaba, y Jorge, que tenía que darme cuenta de mi honra, me la dará también de la vida de mi hijo.
- ANA. Qué dices?
- ENRIQ. Yo le obligaré á confesarlo todo... oh! y lo confesará, te lo juro. (En tono amenazador.)
- ANA. Me das miedo.
- ENRIQ. Si Dios me ha sostenido durante catorce años de tormentos, si por un milagro he podido volver á España y reunirme á tí, es para que su justicia caiga al fin sobre el infame á quien no alcanza la justicia humana. Sí, Ana mía; yo soy instrumento de Dios contra ese hombre, y ese hombre será aniquilado. Sé que él está ahora en esta casa. La verdad que buscamos, él solo puede revelárnosla... y nos la revelará ahora mismo, mal que le pese.
- ANA. (Deteniéndole.) Qué vas á hacer, desventurado? El con una sola palabra, te entregará de nuevo al presidio de donde huiste... No! Hay que esperar, Enrique, y seguir los consejos de nuestro protector el señor Salazar, á quien veremos dentro de poco. Lo que él disponga, aquello es lo que debemos hacer, Enrique. Venganza? Sangre? No! Sería tu perdición y la mía (Rumor fuera.) Oyes? (Va á la ventana.) Por qué tanta gente á la puerta de esta casa?... y multitud de polizontes... Te habrán reconocido? Te perseguirán? (Enrique va hacia la ventana.) Oh! no: no te asomes!

ESCENA III.

DICHOS.—MIGUELILLO y JUAN en el gabinete.

- (Juan abre la puerta de la escalera reservada, hace entrar á Miguel y cierra la puerta tras de sí.)
- JUAN. Creo que no nos ha visto entrar nadie... voy á avisarle al señor... espérame aquí. (Abre la puer-

ta que da á la sala. Al ruido, Ana, que estaba aun en la ventana, se vuelve con espanto.)

ANA.

Ah!

JUAN.

(Viendo á Enrique.) La señorita no está sola...

ANA.

Puede usted hablar sin cuidado. Qué ocurre?

JUAN.

Como la señorita sabrá tal vez, yo me había llevado á Job, á Miguelillo, para ir con él...

ANA.

Sí: á la quinta del señor Salazar.

JUAN.

Justamente. Bajé por la escalerilla reservada, atravesé el jardín y llegué al postigo.

ANA.

Y qué?

JUAN.

Ví mucha gente que hablaba con calor, y te miéndome alguna cosa apliqué el oído y oí decir á un polizonte: «Estamos seguros de que se oculta en esta casa, y hasta la llegada del jefe tenemos orden de no dejar salir á nadie.»

ANA.

A quién se refería ese hombre?

MIG.

(En el gabinete escuchando á Ana.) Esa voz...

JUAN.

A quién? Pues á Miguelillo... A quién podía referirse si no?

ANA.

(Vivamente.) Cierto... Y qué ha hecho usted entonces?

JUAN.

Cerré suavemente la puerta, cogí al chico de la mano y me lo subí más pronto que lo había bajado.

ANA.

(Bajo á Enrique.) A quien buscan es á tí sin duda...

JUAN.

He traído á Miguelillo á ese gabinete donde no entra nadie jamás, y supongo que no le encontrarán... Caramba! Si no, sería un compromiso para todos.

MIG.

(Entrando en la sala resueltamente.) Comprometidos por mí... el señor Salazar, y usted, señorita! Oh! no: antes que perjudicar á nadie, antes que comprometer á mis bienhechores, prefiero entregarme á la policía. Quieren prenderme? Que me prendan. Soy honrado, y el que es honrado no tiene miedo á la justicia.

ANA.

Cálmate, hijo mío... Usted, Juan, haga el favor de vigilar en la antesala, y sobre todo, ni una palabra...

- JUAN. Oh! Descuide la señorita; sé cumplir con mi deber. (Vase Juan.)
- MIG. A qué tantas precauciones y tantos temores? Si no soy culpable, por qué me esconden?
- ENRIQ. (Que le ha escuchado y observado con atención é interés.) Ese es el acento de la verdad... De qué crimen pueden acusarle?
- ANA. Yo no le acuso. Pero, cómo explicar su presencia en esta casa, durante la noche, cuando nadie le conocía? Cómo explicará sobre todo la posesión de un manojito de llaves falsas que estaban junto á él?
- MIG. Muy facilmente, señora. Diré que he seguido á un viejo para buscar á mi perro que me habían robado... Esperé en casa del viejo hasta entrada la noche, y luego me dijo que siguiese á un hombre que me daría el perro. . Le seguí inocentemente, y solo al entrar con mucho sigilo en esta casa, comprendí lo que buscaba mi compañero. . Si me quedé aquí, fué porque no se saliera con la suya... Si encontraron esas llaves á mi lado, fné porque yo se las quité: en fin, si él no me ahogó cuando empecé á gritar, fué porque Tom acudió en mi auxilio... Pobre Tom! Quizá le hirieron á él de otro tiro, y habrá muerto por ahí... Si viviese, no se hubiese separado de mí, ó me buscaría de nuevo .. Oh! Usted me cree, señora; ¿no es verdad que usted cree que yo soy inocente?
- ANA. Al oírte y al mirarte, ¿cómo se puede dudar de tu inocencia?
- MIG. Ya ve usted, pues que no hay motivo para ocultarme, y que lo mejor es decir la verdad y salga lo que Dios quiera.
- ENRIQ. Nada de imprudencias inútiles. Puedes decir á qué casa te llevó el viejo?
- MIG. No me fijé.
- ENRIQ. Sabes á lo menos su nombre y el del miserable que te dió por compañero?
- MIG. No, señor.
- ENRIQ. (A Ana.) Ya lo ves. Su justificación es imposi-

ble. (A él.) Y no tienes parientes ni amigos que puedan responder por tí?

MIG. No tengo á nadie: soy hospiciano, y en el Hospicio, al notar mi falta, qué sé yo lo que pensarán de mí?

ENRIQ. Insisto, pues, en que de ninguna manera puedes entregarte á la justicia. Hay que ocultarle, Ana, á toda costa, y librarle de la vergüenza y el dolor que le causaría verse condenado por un crimen cuya sola suposición le indigna.

ANA. Sí, tienes razón. Hagamos esta buena obra, si quiera en memoria de nuestro hijo, que tal vez no será más afortunado que éste. (A Miguel.) Esta noche, cuando el peligro desaparezca, te irás á la quinta del señor Salazar, donde no habrá nada que temer, y allí pedirás á Dios que la verdad se descubra y te justifique, y acuérdate también de pedirle por el hijo de Ana Belmonte y de Enrique Martín.

MIG. Por su hijo de ustedes!... Oh! Sí... sí... Ana Belmonte y Enrique Martín... Miguelillo no olvidará jamás estos dos nombres... (Besándoles las manos. En este momento dan dos golpecitos en la puerta de la izquierda.)

ANA. Esos golpes... Es Juan que avisa sin duda.

ENRIQ. (A Miguel.) Ven... ven pronto. (Le hace entrar en el gabinete.)

ANA. Y tú, Enrique... ó crees que solo temo por él?... Ve, y júrame que oigas lo que oigas y veas lo que veas, no te presentarás á Jorge.

ENRIQ. (saliendo.) Te lo prometo. (Ana le empuja hacia el gabinete cuya puerta cierra apresuradamente al ver entrar á Juan, que coloca sillas, y luego á Jorge, Salazar y dos testigos.)

ESCENA IV.

ENRIQUE y MIGUELILLO en el gabinete ANA, SALAZAR, JORGE, JUAN y dos testigos en la sala.

JUAN. (Aparte.) Bien: le he dado tiempo para esconder al muchacho.

- JORGE. (Yendo á saludar á Ana) Mi querida prima...
- ENRIQ. (En el gabinete.) Es Jorge, sí... el miserable!...
- JORGE. Acaba de decirme el señor Salazar que para cumplir las órdenes de nuestra difunta tía, habías vuelto á Sevilla... Celebro la ocasión de verte, y espero que la tía, al velar por mis intereses, habrá sabido también respetar los tuyos. Yo siempre procuré defenderte en su presencia.
- ANA. (Aparte.) La vista de este hombre me repugna.
- ENRIQ. (Aparte.) Y ha de quedar impune un hombre semejante!
- SAL. Según las prescripciones de la ley, la apertura del testamento debe hacerse ante dos testigos que tengo el gusto de presentar á ustedes (Señalándolos. Ellos saludan.—A ellos mismos.) Sírvanse tomar asiento. (Mientras ocupan las sillas, Miguelillo, que parecía luchar contra el dolor, palidece, vacila y cae en un sofá colocado en el gabinete.)
- ENRIQ. (Reparando en su debilidad.) Qué tienes? qué te pasa?
- MIG. Nada... Sino que creo que se me ha abierto la herida...
- ENRIQ. En efecto, el vendaje se ha desarreglado... Espera un poco... pero aguanta el dolor, por que un grito podría perdernos...
- MIG. No tenga usted miedo. Estoy acostumbrado á sufrir. Me llaman Job! (Enrique levanta la manga del traje de Miguelillo y le venda la herida.)
- JORGE. (Aparte sentándose.) Ah querida prima! vas á tener una gran alegría .. pero te costará cara. El hospiciano está escondido aquí .. no me cabe duda. Esperemos!
- SAL. (Que en este tiempo ha abierto su cartera y sacado el testamento.) Hé aquí el pliego que pocos días antes de morir me entregó doña Josefa Jáuregui y Torrepano. El sobre, sellado por ella misma, está intacto, como ustedes pueden ver.
- JORGE. Perfectamente.
- SAL. Este testamento fué escrito por la señora de Jáuregui, y nadie, según ella me dijo, conoce las disposiciones que contiene.

- JORGE. (Aparte.) Excepto yo. (Alto.) Le escuchamos á usted, señor Salazar.
- SAL. (Leyendo.) «Ante Dios y ante los hombres, doy gracias al virtuoso sacerdote don Manuel Bolaños, por quien supe que de la unión secreta de Ana Belmonte y Enrique Martín había nacido un niño... Supe que este niño fué sacado en mi nombre del cortijo de su nodriza Isabel, la cual, en la hora de su muerte, confesó al referido sacerdote que ella, mediante una buena cantidad, lo depositó en el hospicio de Sevilla.»
- ANA. Vive!
- ENRIQ. (Escuchando con interés.) Mi hijo!
- MIG. Oh! Acaso le conoceré yo!
- JORGE. Querida prima, te felicito cordialmente.
- ANA. Continúe usted, señor Salazar, yo se lo ruego.
- SAL. «La muerte, que se acerca, no me deja tiempo más que para reparar el mal que he hecho y el crimen cometido en mi nombre. Declaro, pues, que mi heredero universal es el hijo de Ana Belmonte, mi sobrina, y de Enrique Martín, educado en el hospicio de esta ciudad bajo el nombre de Miguelillo, *alias* Job.»
- ANA. (Haciendo un movimiento hacia el gabinete.) Miguel es mi hijo!
- SAL. (Deteniéndola. Aparte.) Qué va usted á hacer?
- MIG. Tengo madre... y es ella (Va á lanzarse á la sala. Enrique le detiene.)
- ENRIQ. Silencio, hijo mío, silencio! (Enrique ahoga la voz de Miguelillo con sus besos.)
- JORGE. (Recogiendo el testamento, que el notario ha dejado caer.) De manera que he sido desheredado... Pero no ha leído usted todo el documento, señor Salazar, y por lo que veo, hay una segunda cláusula, tal vez más interesante que la primera.. Lea usted, yo se lo suplico.
- SAL. (Leyendo.) «Sin embargo, esta disposición será nula y de ningún valor, si el dicho Miguelillo hubiese cometido ya una acción culpable ó deshonrosa, en cuyo caso mi fortuna recaería á favor de Jorge Belmonte.—Josefa Jáuregui.»
- ANA. (Espontáneamente.) Mi hijo es inocente, lo juro.

- JORGE. Si nadie le acusa, por qué le defiendes? Lo que tenemos que hacer ahora es presentarnos en el Asilo de Huérfanos; identificar la persona del niño, y si es merecedor de las bondades de mi estimada prima, no trataré de invocar mis derechos, de que tal vez se ha prescindido demasiado pronto, y me resignaré con mi suerte. Ea! señores: vamos!
- ANA. Dios mío!
- JUAN. (Entrando y anunciando.) El señor inspector de policía.
- TODOS. El inspector!
- JORGE. (Aparte, con regocijo.) Oportuno!

ESCENA V.

DICHOS.—EL INSPECTOR.—GUARDIAS.

- SAL. En mi casa el señor inspector!
- INSP. Vengo en nombre de la ley.
- JUAN. (Aparte á Ana al pasar junto á ella.) Si encuentran el escondite, está perdido.
- INSP. Esta noche se ha cometido aquí una tentativa de robo.
- SAL. Yo no he dado parte del hecho.
- INSP. Usted, funcionario público, no puede, sin embargo, favorecer la impunidad del culpable. Se ha dado aviso de que dos malhechores, que antes habían estado en casa de un anciano prestamista llamado don Bienvenido...
- ENR. Don Bienvenido!...
- INSP. Se introdujeron en esta casa. Uno de ellos solamente huyó. El otro... ha encontrado aquí un refugio inexplicable. He dado orden de hacer un escrupuloso registro.
- JUAN. (Tímidamente.) Y no han hallado á nadie?
- INSP. Falta reconocer esta parte de la casa.
- JORGE. (Que observa á Ana.) Por qué esa emoción, querida prima? Qué interés puedes tener por un malhechor? Deja que la justicia cumpla con su deber, y no pienses más que en tu hijo, madre

afortunada! (Ana vacila y cae en un sillón.) Señor res, mi prima se siente mal.

MIG. (Asustado) Mi madre! (Quiere ir á la puerta y Enrique le detiene; pero Miguel ha tirado un velador.)

ENR. Imprudente! Si te presentas ahí, matas á tu madre! (Al ruido, todos se han fijado hacia el gabinete.)

INSP. El ruido ha sonado ahí.

JORGE. (Aparte.) Ahí está!

ENR. (Viendo la escalerilla reservada y mostrándola á Miguel.) Por esa escalera tal vez podrás tú escaparte, hijo mío. Vete... y yo te respondo de que no te perseguirán. (Abre y lo echa fuera.)

INSP. Señor Salazar, haga usted abrir esa puerta.

ANA. Oh! no... en nombre de Dios... no le pierda usted!..

INSP. Confiesa usted, pues, que hay alguien oculto ahí?

JORJE. Y quién ha de ser sino el ladrón?... (A Juan,) Abrela al punto.

JUAN. Busco la llave.

JORJE. Más aprisa.

MIG. (Entrando de nuevo.) Imposible salir... Hay también gente abajo... Estoy perdido!

TER. (Apareciendo con Tom en la puerta de la escalerilla.) No: estás salvado!

ENRIQ. Teresa!

MIG. Tom!

TER. El me ha guiado!... Ven conmigo y no temas.

ENRIQ. Sí... huye con ella... oh, Teresa! bendita seas!

TER. Pagué mi deuda! (Desaparece con Miguel y el perro.)

ENRIQ. Les dejaré tiempo para huir.

JORJE. (Impaciente.) Oh! Es que no quiere entregar la llave... Señor Inspector, mande usted romper esa puerta.

ENRIQ. (Abriendo.) Es inútil... Aquí se ocultaba un escapado de presidio: Enrique Martín, y Enrique Martín soy yo! (Movimiento general. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Decoración del acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

DON BIENVENIDO, solo, sentado en su mesa, y arreglando papeles y objetos de empeño.

BIENV. Una vez arreglada la cuenta de don Jorge, liquidaré todos mis asuntos, y adiós, andrajos! adiós casucha indecente, y adiós bribones, tomadores y granujas, que me habéis ayudado á enriquecerme!... Jé! jé! La verdad es que ya va siendo hora de que yo sepa lo que es la buena vida, comer bien, vestir bien y tener una casa cómoda y hasta elegante... Tantos años de miseria, en medio de estos montones de oro, merecen, ciertamente, los goces de que pienso disfrutar al lado de mi Teresilla... Por ella, y para ella todo! bien lo sabe Dios!... Aún no ha salido de su cuarto desde anoche, y me alegro, porque eso me hace sospechar que se le ha pasado la idea de que yo me meta á redentor de ese chicleo anónimo que se ha interpuesto entre mi deudor y yo... Para redentor está uno! Al que le coja el carro, que se fastidie!... Bueno anda el mundo para hacer favores á nadie!... Por ser

blando á las súplicas de un armero, le tomé hace dos meses estos utensilios inútiles (señalando las armas.) á cuenta de un par de hermosos doblones, y el muy pillastre se pegó un tiro al día siguiente, con la única pistola que le había quedado, dejando escrito en un papel que se mataba por falta de recursos... Embustero! calumniador! No era esto decir que tenía yo la culpa de su muerte? Pues don Jorge! otro que tal! Le presté dos mil duros... ó mil quinientos... es igual... esperando la herencia de su tía, y luego salimos con la patochada de que el heredero es el hospicianillo ese... vamos! Si digo que no puede uno hacer favores ni á su sombra!...

ESCENA II.

DON BIENVENIDO.—COLILLA, por la reja.

- COLILLA. Señor don Bienvenido, se puede entrar?
BIENV. Desde la calle lo preguntas?
COLILLA. Y aún no las tengo todas conmigo.
BIENV. Qué te pasa?
COLILLA. Qué me ha de pasar? Que me han dicho que anda por este barrio el chucho, mi enemigo político, y si ha entrado en la casa, lo que es á mí no me da la desazón.
BIENV. Anda, hombre, no tengas miedo, que aquí no hay nadie que ladre más que tú... Jé! Jé!
COLILLA. Palabra?
BIENV. Palabra.
COLILLA. Pues á su conciencia de usted va, si me ocurre algún desavío. (Entra por la puerta.)
BIENV. Qué miras por aquí? Cuando te digo que no hay tal perro...
COLILLA. Es que me tiene mucha tirria, y como me hueela...
BIENV. Déjate de tonterías y dí á qué vienes.
COLILLA. Vengo á traerle á usted esta carta del señor aquél que me dió cinco duros por ahogar al perro... lo cual que no lo ahogué. (Se la da.)
BIENV. De don Jorge?
COLILLA. Se llama don Jorge aquel señor?

- BIENV. Don Jorge Belmonte.
COLILLA. Don Jorge Belmonte?... Pues entonces... lo que yo decía: esta letra es la misma de la carta que tiene guardada mi viuda.
- BIENV. Tu viuda?
COLILLA. Es decir, mi viuda, no, porque es la viuda de mi amigo el *Maragato* que murió en Ceuta el año pasado; y yo no me he muerto entodavía, que yo sepa, y no puedo tener viuda, pero es mía, vamos al decir, porque vive conmigo y los dos nos mantenemos al respectivo del mismo puchero; está usted?
- BIENV. Y qué carta es esa?
COLILLA. La de mi viuda? Pues un agarradero del *Maragato* por si don Jorge no se portaba con él como era debide... Tenía el *Maragato* mucho cacúmen... Y como ese don Jorge le comprometió á agujerear el pellejo en el camino de Ronda á un individuo. .
- BIENV. Sigue, sigue... á ver qué es eso...
COLILLA. Nada; que el *Maragato* le hizo escribir ese papel en que don Jorge decía con su propia firma que le daba una cantidad por acompañarle en el negocio .. etc., etc.
- BIENV. Y tú tienes esa carta?
COLILLA. La tiene mi viuda que es lo mismo. Con ella parece que el *Maragato* le sacó mucho dinero á don Jorge, y luego, cuando fué á presidio por una delación ..
- BIENV. (Aparte.) Del mismo don Jorge, tal vez... Jé! jé!
COLILLA. Se la dejó á su mujer como quien deja una letra á la vista.
- BIENV. Vamos! El *Maragato* era mozo de cuenta... Bueno... bueno... A ver qué dice don Jorge... (Lee la carta que tiene en la mano.) Caracoles! Ya se ha escabullido otra vez el angelito?
- COLILLA. Qué Angelito, si no es descortesía?
BIENV. Tu cómplice. . el del perro, que estaba en casa de Salazar y ha desaparecido como un fantasma. Está de Dios que yo he de perder esa deuda.
- COLILLA. Le debía á usted algo la criatura?
BIENV. Quíá! hombre, don Jorge... dos mil duros que

se me irán de entre las manos, si no parece el chiquillo.

COLILLA. De veras?

BIENV. Tan de veras.

COLILLA. Cuánto me dá usted si yo le pesco?

BIENV. A tí? Nada.

COLILLA. Es demasiado poco. Ofrezca usted más y veremos.

BIENV. Ah! oye. Si me traes el chico... y la carta de don Jorge...

COLILLA. Qué?

BIENV. Te doy... quinientos duros, Colilla, quinientos duros!... Es un despilfarro, ya lo sé... pero se trata de tí...

COLILLA. No me conviene.

BIENV. Has dicho que no te conviene?

COLILLA. Eso me parece á mí que he dicho.

BIENV. Estás loco de remate... ó no sabes lo que abultan diez mil reales puestos uno sobre otro.

COLILLA. Pero me figuro yo que veinte mil harán más bulto, pongo por caso.

BIENV. To atreves á pedirme veinte mil, la mitad de mi deuda.?

COLILLA. Pues cuánto cree usted que me daría don Jorge por ese papel?

BIENV. Don Jorge? ni esto. Si está más tronado que arpa vieja. No puede pagarme ese pico...

COLILLA. Veinte mil, don Bienvenido, y no hablemos más.

BIENV. (Aparte) Se los sacaré á don Jorge con interés.

COLILLA. Con que...

BIENV. Harás de mí lo que quieras. ¿Pero cómo vas á averiguar el paradero del chico?

COLILLA. Por el perro. Si es verdad que el chucho está en el barrio, yo daré con el monigote antes de una hora.

BIENV. Y la carta, eh? que no se te olvide...

COLILLA. Podía usted darme á cuenta alguna cosilla para remojar el gazuato.

BIENV. Je! Jé! Pillastrón! Eres capaz de sacarme las entretelas... Toma... y corre... y busca, y trae...

COLILLA. Olé por los generosos... y (por la chispa que voy á coger á la salud del viejo marrullero.) (se va corriendo por el foro.)

ESCENA III

DON BIENVENIDO. Luego TERESA

- BIENV. Maldita suertel Quién diablos ha podido salvar al granujilla del hospiciano?
- TER. (Saliendo) Yo.
- BIENV. Tú!
- TER. Yo... que sé dónde está y que vengo á decírselo á usted
- BIENV. Teresilla, hija mía, hazme el favor de no comprometerme, eh? No quiero saber nada por tí, no me digas nada... nada, porque si tú me dices dónde está yo no podré descubrirlo, ni entregárselo á don Jorge.
- TER. Pero podrá usted entregárselo á su padre, y además presentar al juez con la carta de don Jorge, el testimonio evidente de la inocencia de Enrique Martín.
- BIENV. Has oído?
- TER. Sí, todo.
- BIENV. Pues olvídalo todo, porque eso que tú pretendes es imposible, hija mía. imposible. Necesito cobrar la deuda, liquidar cuanto tengo y emprender contigo la marcha á Madrid, y hacerte con mi dinero la mujer más feliz de la tierra. Esto, y nada más que esto, Teresilla de mi alma... No me contradigas, si me quieres la mitad solamente de lo que yo te quiero á tí.
- TER. La riqueza. . Eso es todo lo que usted me ofrece, como si el oro fuese lo único que hay en la vida...
- BIENV. Lo único, hija, lo único.
- TER. No, no es lo único, y cuando se ha ganado mal...
- BIENV. Teresa! ..
- TER. Padre mío! Ignoro si Dios quiere tener misericordia de esta casa, donde se respira el crimen... pero sé que le pone á usted en ocasión de hacer una obra buena, cumpliendo además con un deber de gratitud.
- BIENV. Cómo?

- TER. Recuerda usted que un hombre me salvó la vida en el mar, exponiendo la suya?
- BIENV. Sí, un tal Pablo.
- TER. No se llama Pablo, se llama Enrique Martín; y ese hombre es el padre de Miguelillo.
- BIENV. Él!
- TER. Ahora que usted lo sabe, será usted capaz de vender al hijo de mi salvador por un puñado de oro?
- BIENV. Válgame Dios... qué compromiso! y cómo se enredan las cosas...
- TER. Reconozca usted en esto la mano de la Providencia.. Ese hombre, al salvarme la vida, fué instrumento de Dios para que usted salvara á su hijo, y conociera usted que hay en el mundo otros bienes superiores á la riqueza...
- BIENV. Otros bienes!
- TER. Sí, otros bienes que producen satisfacción en el alma y nos hacen dignos del amor y del respeto de todo el mundo... usted ha vivido entre malvados, y no sabe que los goces de la virtud valen mil veces más que el oro miserable con que cree usted hacerme la mujer más feliz de la tierra.
- BIENV. Es decir que tú desprecias el dinero... Es decir que el oro acumulado por mí no vale á tus ojos ni el trabajo que me costó ganarlo.
- TER. No: ni eso!
- BIENV. De manera que me desprecias á mí también... á mí que soñaba constantemente en lo que ibas á disfrutar con mis riquezas, en el amor que me tendrías por haberlas adquirido para tí... y ahora resulta que con las riquezas se alcanza todo, todo... menos el amor, la estimación y el respeto de mi hija... Ah, Teresa de mi alma! Teresa de mi alma! (Rompiendo á llorar.)
- TER. Ah! Llora usted?... Bendito sea Dios!... Usted me ama de veras!
- BIENV. Y lo ha dudado esta criatura, cuando no he vivido más que por ella!
- TER. Pero nunca me ha dado usted tanto como ahora con esas lágrimas!

- BIENV. (Enjugándose los ojos.) Es verdad... He llorado... yo, el corazón de mármol, el hombre sin entrañas... He llorado... y á tí te lo debo... gracias, hija mía, gracias!... Acabas de enseñarme que soy más rico de lo que creía: aún tengo lágrimas!
- TER. Y esas lágrimas me dicen que usted va á ayudarme á salvar á Miguelillo.
- BIENV. Salvarle!... Y á mi costal...
- TER. Padre mío! (Reconvención.)
- BIENV. No... no: no es por el dinero. Es que sería una imprudencia tener al muchacho en esta casa.
- TER. Por qué?
- BIENV. Porque don Jorge vendrá de un momento á otro... y eso bribón tiene un olfato..
- TER. Entonces hay que buscar donde esconderlo...
- BIENV. Ah! Sí... Un escondite seguro y sin salir de casa... Allí no hay cuidado... Miral (Abre una puerta secreta.) Esta puertecilla, cuya llave no se ha separado de mí durante muchos años, da á un sótano en que yo guardaba mis tesoros hasta hace poco tiempo. Abajo hay otra puertecilla que abre á una antigua galería por la cual se puede ir hasta el río en caso de apuro. Nadie conoce más que yo estos escondrijos. Baja al muchacho á la cueva y no os movais mientras yo no os avise, que será cuando tenga en mi poder la carta que me ha prometido Colilla.
- TER. Oh, padre mío! Ahora sí que le doy á usted este nombre con todo el amor de mi alma! (Le abraza.)
- BIENV. Tú, solo tú eres capaz de hacer de mí un hombre honrado.
- TER. (Llama á la puerta de su cuarto.) Miguel!

ESCENA IV.

DICHOS.—MIGUEL.

- MIG. Qué! Nos vamos?
- TER. Abraza á mi padre, que es ya nuestro protector.
- MIG. Bueno, le abrazo... porque es su abuelo de usted... nada más!
- BIENV. Ea! No perdamos tiempo, que puede venir ese hombre... Os acompañaré abajo... Venid.

- MIG. A dónde?
BIENV. Qué te importa? A un lugar seguro.
MIG. Caramba! Mire usted que estoy ya cansado de ratoneras... y cuando uno no ha hecho nada malo...
BIENV. Hay que esconderse de los que no hacen nada bueno... Andando! (Se van por la puerta, que se cierra tras ellos. A poco dan golpes en la del foro. Luego se asoma á la reja don Jorge.)

ESCENA V.

JORGE en la reja. Luego DON BIENVENIDO.

- JORGE. En efecto, no hay nadie, dónde se habrá metido ese viejo? (Don Bienvenido aparece con mucha precaución en la puertecilla y la cierra cuidadosamente tras de sí.) Calla! Qué es eso? Una puerta secreta? Si será esa la entrada del agujero en que oculta sus tesoros? (Alto á don Bienvenido.) Quiere usted abrirme, don Bienvenido?
BIENV. Hola! Ya está usted ahí? (Abre la puerta y entra don Jorge.)
JORGE. Sí, aquí estoy, y con un humor de todos los demonios.
BIENV. Pues qué ocurre?
JORGE. Que el muchacho ha desaparecido de nuevo y no hay manera de echarle la vista encima.
BIENV. Qué me dice usted? (Con fingido asombro.)
JORGE. Lo que usted oye. Es para ahorcarse de un farol.
BIENV. Sin embargo, usted no se ha ahorcado todavía... (Aparte.) y es lástima! (Alto.) Pero, sabe usted lo que le digo? Que yo en su lugar de usted renunciaba á toda pesquisa. A mí no me cabe duda de que el muchacho tiene elevados protectores...
JORGE. Aunque lo proteja el mismo Satanás! Renunciar yo! A usted podrá no importarle nada su crédito, pero á mí me importa mucho mi fortuna. Y precisamente vengo á que usted me ayude á recobrarla.
BIENV. No, señor don Jorge, no quiero más negocios

- con usted. Tiene usted mala mano; muy mala! Allá se las componga usted solo como pueda.
- JORGE. Lo menos se figura usted que voy á pedirle dinero. No! Tranquilícese usted. Vengo á pedirle únicamente cuatro letras con su firma.
- BIENV. Cómo!
- JORGE. He pensado que en realidad no hace falta ninguna la captura del chico para declararlo excluido de la herencia. Basta testificar que él ha sido el autor del robo frustrado en casa del señor Salazar.
- BIENV. Oiga!
- JORGE. Colilla lo atestiguará Usted, que lleva fama de conocer mejor que nadie á todos los ladrones de la comarca, lo denunciará también en un pedazo de papel, y con otro ú otros dos testigos que buscaremos, la prueba resultará evidente, y á mí se me podrá declarar heredero de la fortuna de mi tía.
- BIENV. Ya!
- JORGE. Conque, vamos! Aquí hay pluma y papel y eu un periquete...
- BIENV. Sí! En un periquete le hacemos á usted millonario, no es esto?... Jé! jél... Venga, venga. (Se pone á escribir.)
- JORGE. Ya suponía yo que no iba usted á oponerse á una cosa tan racional y tan justa... y tan conveniente para usted, sobre todo.
- BIENV. No: yo no me opongo á nada que sea justo.
- JORGE. A ver? (Cogiendo el papel escrito por don Bienvenido.) Su declaración de usted debe ser terminante. (Lee:) «He recibido de don Jorge Torrependo la cantidad de dos mil duros por saldo y finiquito de su cuenta. Y para que conste la firmo... etcétera, Bienvenido Barranco.» (Declamado). Pero, qué es ésto? Se ha vuelto usted loco?
- BIENV. Qué más puede usted exigir de mí? Me doy por pagado... y en paz.
- JORGE. Señor don Bienvenido, sospecho que desde que ha llegado su nieta de usted no es usted el mismo.

BIENV. Mire usted, don Jorge: esa misma sospecha tengo yo.

JORGE. Pues conste que yo no varío, y que á todo trance necesito el testimonio de usted, mientras el muchacho no parezca.

BIENV. Cómo quiere usted que le diga que ya no me da la gana de meterme en ese asunto?

JORGE. Lo dicho! Loco de remate!

ESCENA VI.

DICHOS.—COLILLA, que aparece al otro lado de la ventana. Se oye ladrar á Tom á alguna distancia.

COLILLA. Don Bienvenido, el perro está ladrando frente á un agujero que da al sótano de esta casa.

BIENV. Y qué?

COLILLA. Pues naá! Que ahí está de seguro el muchacho... Se lo han colado á usted en la bodega, sin decirle palabra.

JORGE. Hola!

BIENV. Te quieres callar, condenado?

COLILLA. Por qué? Me debe usted mil duros, porque también traigo lo otro... y esto no lo suelto sin la guita.

BIENV. Mil rayos que te partan!

COLILLA. Qué?

BIENV. Que te vayas de ahí...

JORGE. Já! já! já!

COLILLA. Que no me da usted los cuartos?

BIENV. Un tiro en la cabeza, bribón!

COLILLA. Sí, eh? Pues no faltará quien me pague el documento que llevo en el bolsillo. Ya me he enterado y sé quien es el padre de la criatura. Hasta luego. (Se va.)

ESCENA VII.

DON BIENVENIDO.—DON JORGE.

JORGE. Está bien, señor don Bienvenido. Con que usted mismo oculta al muchacho en su casa, al lado de su nieta?

- BIENV. Señor don Jorge! Déjeme usted en paz...
- JORGE. En paz! Ahora más que nunca necesito apoderarme de ese muchacho.
- BIENV. Y eso, cómo ha de ser si yo me opongo?
- JORGE. Oh! Pero usted no creerá seriamente que su oposición baste á intimidarme?
- BIENV. Por qué? Porque soy viejo, y usted es todavía joven?
- JORGE. Por eso... entre otras cosas.
- BIENV. Y sabe usted hasta dónde puede llegar el brío de un viejo que se empeña en defender á su nieta?... Mire usted, señor don Jorge. Usted ha dicho que ya no soy el mismo... y esa es la verdad, la pura verdad. Mi Teresa es un angel que Dios ha mandado á esta casa para purificarlo todo: mi corazón, mis pensamientos, mis ideas, hasta el aire que respiro. Ella me ha hablado de cosas en que no pensé jamás. Despreciando mis riquezas y dedicándose por gratitud y por amor á la justicia á defender á un niño de nuestras iníquas persecuciones. . iníquas, señor don Jorge, iníquas!... me ha descubierto un mundo de luz que mis ojos no habían visto hasta ahora... Yo creí, la verdad! que no había cosa mejor que el dinero: ella me ha enseñado algo que vale más que el dinero: la virtud. Acumulé riquezas para ella, y ella me pide honradez... solo honradez! Ya ve usted que yo no puedo negarle nada de lo que me pide. Quiero ser honrado, y no está bien que usted me ponga obstáculos para serlo. Eal don Jorge. Escuche usted la voz de su conciencia, y deje en paz á ese muchacho á cuyo padre le debo la vida de mi nieta. De rodillas se lo pido á usted, señor don Jorge. Permítame borrar toda una vida de iniquidades con una buena acción devolviendo al amor de una pobre madre al hijo de sus entrañas.
- JORGE. Ha concluído usted su sermón, viejo hipócrita? Pues oiga usted ahora lo único que tengo que decirle. Por esa puerta secreta (señalándola) se va al sótano en que están Miguelillo y su nieta de usted... venga la llave de esta puerta... y no hablemos más.

- BIENV. Señor don Jarge!...
- JORGE. La llave!
- BIENV. No!
- JORGE. Que no?
- BIENV. Ya lo he dicho.
- JORGE. Y qué me importa á mí lo que usted diga?
(Arrojándose sobre él y buscándole la llave, mientras don Bienvenido se defiende.) Venga esa llave!
- BIENV. No, infame, no!... Socorro!... socorro!...
- JORGE. Calla... ó te ahogo, viejo maldito! (Le arranca la llave, y al mismo tiempo le aprieta el cuello para hacerle callar, y lo deja arrojado por el suelo medio asfixiado. (Abre enseguida la puertecilla secreta y desaparece.)

ESCENA VIII.

DON BIENVENIDO, solo.

(Lucha por hablar y no puede más que articular algunas sílabas. Se levanta con gran trabajo, llevándose las manos al cuello, y por fin, poco á poco, va recobrando la voz y los movimientos conforme indica el monólogo.) Mal... vadel... Ase... sino!... No puedo... no puedo gritar!... Pero aún tengo fuerzas... sí!... aún tengo fuerzas para levantarme. Así!... así!... Y mi nieta? Será capaz ese hombre?... Yo necesito salvarla... Yo necesito vengarme!.. Más fuerzas, Dios mío, más fuerzas.. aunque enseguida me muera... (Se acerca pensosamente á la puertecilla que quedó entreabierta, y se oyen gritos lejanos y profundos.) Eh! Es ella... ella que grita y pide socorro, y yo no puedo ampararla!... (Fijándose en la mesa, como buscando un arma, y viendo una de las pistolas.) Ah! La Providencia!... (La coje.) Sí!... sí! Con esto... con esto... Ya tengo fuerzas... y pulso firme y corazón de hierro... Lo mato, lo mato! (Se precipita por la escalera abajo.)

ESCENA IX.

ENRIQUE.—ANA.

- ENRIQ. No hay nadie! Habremos llegado tarde?
ANA. Dios mío!
ENRIQ. Colilla ha dicho que le esperásemos aquí mientras avisaba al señor Salazar.
ANA. Nos habrá engañado ese hombre?
ENRIQ. O acaso Jorge habrá conseguido apoderarse de Miguel. (Suena un tiro lejano y profundo.)
ANA. Calla! Has oído?
ENRIQ. Un disparo! Diría que ha sonado bajo tierra.
ANA. Enrique!... (Con espanto.) No se qué presento... pero el terror se apodera de mí...
ENRIQ. Valor, Ana mía.

ESCENA X.

DICHOS.—SALAZAR.—COLILLA por el fondo. Colilla viene con la mitad de la chaqueta rota a por la parte del bolsillo.

- COLILLA. Ese maldito perro se me ha llevado el documento con la mitad de la chaqueta. En él se probaba la inocencia de don Enrique.
ANA. Señor Salazar, algo horrible ocurre en esta casa.
SAL. Qué sucede?
ENRIQ. Un disparo como de pistola... Temblamos por nuestro hijo que debe estar aquí...
SAL. Reconozcamos las habitaciones... (Rumores de pasos hacia la puerta secreta. Todos vuelven hacia allí la vista. A poco la puerta se abre.)
ANA. Ah! Se oyen pasos... Alguien se acerca (Salen don Bienvenido, descompuesto y agitado, y detrás Teresa y Miguelillo que se lanza á abrazar á sus padres.)

ESCEEA XI

DICHOS. DON BIENVENIDO.—TERESA.—MIGUELILLO.—
Luego TOM.

- BIENV. Yo he sido!... yo!... No lo niego!...
MIG. (Abrazando á Ana y Enrique.) Madre mía!

POLIZIA N. 16605

